

## 5. Tienen más hambre que yo

El amor de Dios estaba siempre calentando el corazón del pequeño Gaspar y lo hacía más activo. Habiendo recibido la prohibición para lastimarse la carne con el cilicio, encontró otras maneras de mortificarse. Así fue que comenzó a ayunar el viernes, lo que limita la comida a una sopa y un trozo de pan. Así lo hizo también durante la cuaresma, las vigiliias, el mes de María como “manda” a la Virgen.

Annunziata se vio obligada a observarlo con máxima atención y, a veces, también levantar la voz: *“¿A tu edad no estás obligado a ayunar!”*.

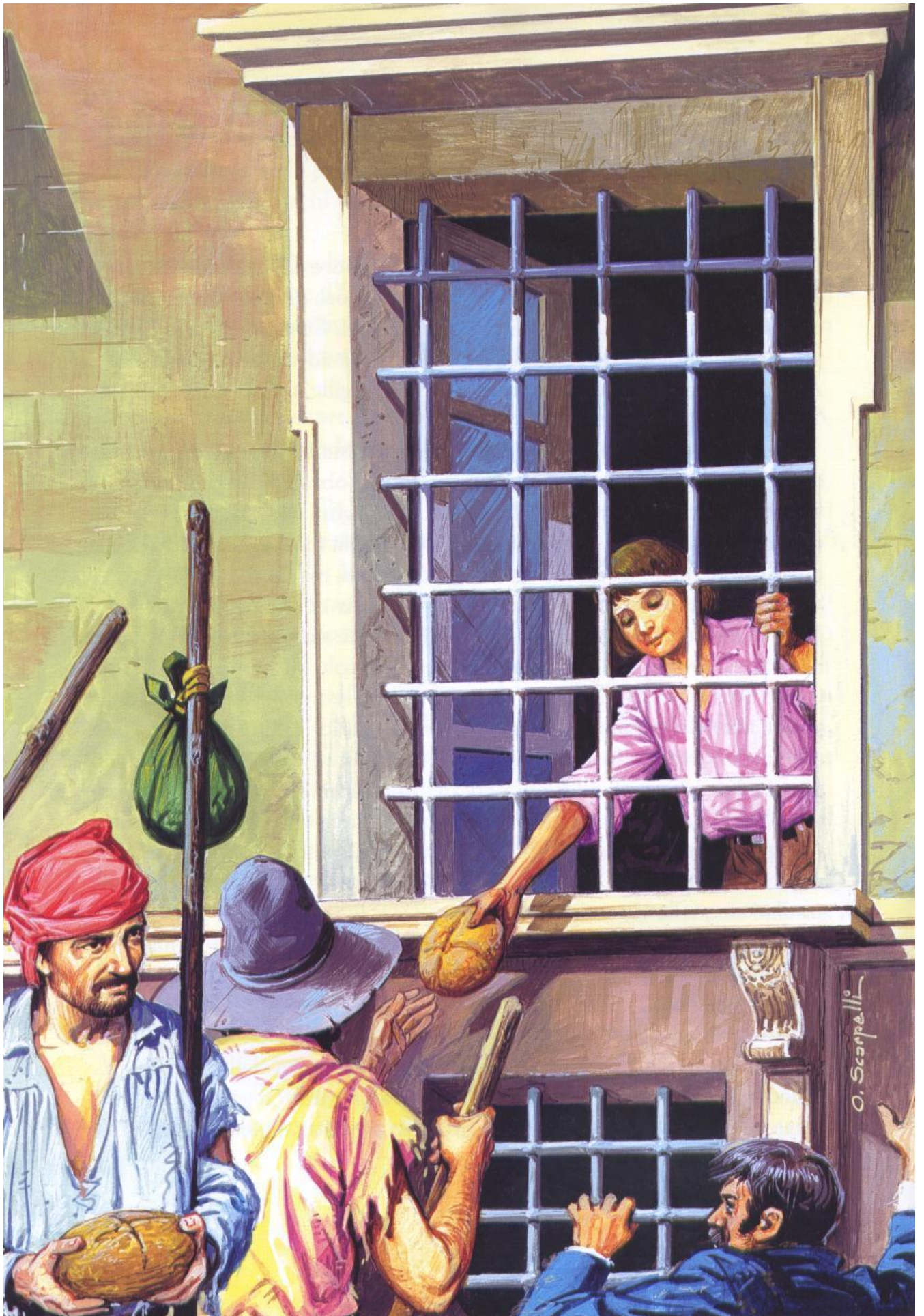
*“Si tengo la edad suficiente para pecar, también la tengo para ayunar?”* - Respondía. Pero cuando leía la preocupación en el rostro de la madre, la acariciaba diciéndole: *“Vamos, mamá, no se agite, se feliz, comeré...”*.

Sabemos que la familia del Búfalo vivía en el “patio antiguo” del Palacio Altieri y que las ventanas de las dos habitaciones pequeñas, defendidas por fuertes barandillas, asomaban sobre la calle de la Gatta y la callejuela de Santo Stefano del Cacco. A través de estas rejillas el niño podía ver el vaivén de la gran miseria humana de Roma. Mendigos asquerosos y repugnantes, lisiados y discapacitados de todo tipo, que daban disgusto. A ellos se sumaban reales desocupados y ociosos de profesión dedicados a la mendicidad; no faltaban ladrones y estafadores. Las barbas y el pelo revuelto y lleno de insectos y los cuerpos, apenas cubiertos con trapos, dejaban ver impresionantes llagas purulentas. Algunos, sobre todo en verano, pasaban la noche tirado en las calles sucias e inseguras.

El ojo de Gaspar los escudriñaba, el corazón se apretaba y algunas lágrimas mojaban las pestañas. *“¡Pobrecitos! lo tengo todo: amor, limpieza, comida. Ellos nada!”*

Desde las profundidades de su alma surgió de forma natural un impulso generoso para hacer algo de inmediato. Con una mano fuera de la rejilla hizo ademán hizo una tímida invitación. Un pobre hombre que pasaba se acercó y vio entregándole con la otra mano un pancito partido en dos con algo dentro.

Se pasó la noticia y se multiplicaron los pobres. *“¿En el Palacio Altieri hay un príncipe tan bueno!”*. Ahora aquel ayuda se volvió un derecho. Si los vidriales de aquella ventana a cierta hora no se abrían, multiplicaban los golpes de palos:



¡Una auténtica protesta sindical! Entonces Gaspar, corriendo, sacaba lo más que podía, como podía agarrar y se lo llevaba.

No distinguía cosas de cosas y a menudo daba lo que tenía para el almuerzo o la cena de la pequeña familia. Fue realmente conmovedor verlo privarse de un caramelo: ¡Un verdadero heroísmo para un chico de su edad!

No es infrecuente que se convirtió en un mendigo con el fin de dar a los demás. A María y a los pequeños amigos decía: *“Vamos, ustedes también consigan alimentos para los que mueren de hambre...”*.

Los pobres ya había estudiado todo hábito de su pequeño benefactor y al aproximarse la hora de escuela, se decían entre ellos: *“Vamos, el Santito está por salir”*. *“Para mí, a mí...”* - Gritaban en coro, y Gaspar sacaba la colación que se había deslizado en secreto en la carpeta, haciendo creen a la mamá de habérsela comido. El mismo final hacía aquel centavo de *baiocco* que le regalaban en las festividades.

Una mañana Annunziata, descubriendo el truco, le reprendió con severidad. Si continuaría de esa manera se convertiría en tísico. Gaspar con su genuina sinceridad respondió: *“¡Mamá, esa pobre gente tiene más hambre que yo!”*.